

# Piano a cuatro manos

Conxa Rodríguez Vives

ALEJANDRÍA NARRATIVA



oblacuas.

*Esta novela arranca de una fotografía reproducida en su interior. La imagen enseña dos pianos en el salón de la residencia del general Ramón Cabrera, en el bucólico Wentworth, condado de Surrey (Inglaterra), donde transcurrió su exilio político. ¿Quién tocaba los pianos y qué ocurría a su alrededor? Personajes y acontecimientos históricos y documentados fundidos con otros de imaginarios e inexistentes. Mientras dos mujeres hacen sonar la música, Cabrera, ensimismado, se pasea por la geografía de la guerra civil española (1833-1840). De Tortosa a Morella y a las puertas de Madrid pasando por Andalucía y Navarra. El pasado, del que no logra desprenderse, le persigue. Su tránsito del carlismo al liberalismo sorprenderá a propios y extraños.*

# Piano a cuatro manos

## Conxa Rodríguez Vives

[www.edicionesoblicuas.com](http://www.edicionesoblicuas.com)

*Piano a cuatro manos*

© 2015, Conxa Rodríguez Vives

© 2015, Ediciones Oblicuas

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

c/ Lluís Companys n° 3, 3° 2ª

08870 Sitges (Barcelona)

info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 978-84-16627-03-5

ISBN edición papel: 978-84-16627-02-8

Primera edición: enero de 2016

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales

Ilustración de cubierta: Montaje de Ramón Cabrera y Marianne Catherine Richards hacia 1850

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.*

[www.edicionesoblicuas.com](http://www.edicionesoblicuas.com)

**1877**

## 1

Ada Beatrice era la pequeña de los cinco hermanos, la única de los cinco con nombre inglés porque Ada no tenía traducción al español, la única bautizada en la religión protestante y la única que había aprendido castellano sin profesor particular; lo hablaba con fluidez gracias a su padre, quien sólo se dirigía a ella en lengua española. Ella no sabía escribir, sin embargo, articulaba frases, recitaba rimas y tarareaba coplas y romanzas mucho mejor de lo que lo hacían sus hermanos. Éstos, que atendían a numerosas clases particulares de lenguas extranjeras, conjugaban los verbos correctamente aunque no supiesen entonar canción alguna en español. Ada había cumplido los catorce años de edad cuando murió su padre, Ramón Cabrera Griñó, legítimo capitán general de los ejércitos españoles en el exilio. A pesar de ser la menor de la prole, el día del entierro, 31 de mayo de 1877, su madre no la soltó de la mano, dejando a los otros cuatro hermanos mayores relegados detrás de ella. En el funeral, la adolescente no percibió el significado de la coreografía orquestada por la viuda, que se mantenía estoica y serena, con expresión imperturbable en su rostro, escondido bajo un insinuante tul negro.

La mayor de los cinco era María Teresa, entre ella y Ada nacieron tres chicos: Ramón, Fernando y Carlos. Todos, excepto la pequeña, con nombres españoles de connotaciones políticas y patrióticas, bautizados en la religión católica.

Por entonces, en la Inglaterra victoriana, era costumbre bautizar católicos a los hijos de los matrimonios mixtos así que en la familia Cabrera-Richards la excepción se hizo únicamente con Ada. A don Ramón no le importó romper la tradición de los bautismos a aquellas alturas del exilio y de la vida. Al fin y al cabo, era una niña y ni siquiera era la primogénita.

La comitiva fúnebre se colocó a la espera de los carruajes en la puerta de la mansión familiar de Wentworth, una lujosa residencia a unos treinta kilómetros de distancia del centro de Londres. Ramón, el hijo mayor, que tenía veintitrés años de edad, se ubicó junto a Ada al ver que la madre asía la mano de la joven inocente, levantando de esa manera una barrera infranqueable entre la viuda y su primogénito varón. Fernando y Carlos siguieron por orden de nacimiento a Ramón. María Teresa, de veinticinco años, acompañada de su marido, Thomas Hornyold Gandolfi, se ubicó en el último lugar de la línea sanguínea formada por los cinco a pesar de haber nacido la primera. Allí, junto al artesonado porche arqueado que daba paso a la residencia, estuvieron unos minutos casi sin respirar ni cruzarse palabra o mirada hasta la llegada de los carruajes que los llevarían a la iglesia a oír la misa por el alma de su padre. El ruido del trote de caballos y traqueteo de los vehículos rompió la tensión que latía entre los miembros de la familia. El cuerpo del padre iba a ser enterrado en el cementerio propincuo a la iglesia. Ramón Cabrera iba a desaparecer para siempre. Nunca más iban a cruzar la mirada desencajada con el padre o esposo u oír su carraspeada voz. Los hermanos desprendían un aturdido hálito por la excepcionalidad del momento. Hasta entonces, su padre formaba parte de sus vidas, allí, con él muerto, se iniciaba una nueva etapa, incierta, para todos. ¿Cómo iba a ser la vida sin él?

El funeral estuvo envuelto de un aura de sobriedad y boato, y salpicado de un tinte semioficial. Era un exiliado español con un cierto significado político e internacional;

sus amigos le creían muy importante, sus enemigos lo ninguneaban aunque reconocían que había sido un héroe militar en su juventud, principalmente en la Guerra de los Siete Años. En Inglaterra no pintaba mucho, casi nada. La Familia Real británica mandó a las exequias a un tal coronel Nigel Moore, el Estado español estuvo representado por un rechoncho diplomático de bajo rango. Ada presentía que aquel día su familia sería observada porque su padre había sido un jefe militar relevante en España. En Inglaterra su madre era la mayor benefactora del condado de Surrey en el que residían. No fueron las medallas ni los toisones de Cabrera, sino el mecenazgo de la viuda lo que dio vela al desconocido coronel Nigel Moore en aquel entierro.

La distancia desde la mansión Wentworth hasta la iglesia y cementerio Christ Church de Virginia Water es de algo más de dos kilómetros: uno lo forma el camino privado que va desde la puerta de la casa familiar hasta el cruce con la carretera pública; el otro kilómetro largo va desde el empalme de la vía pública con la privada hasta el diminuto templo protestante en el que se celebró el funeral por el alma del carlista católico. El órgano de la parroquia entonó todo el día música fúnebre avisando al vecindario de que la zona estaba de duelo por la muerte del marido de la *landlady*. La viuda había ordenado engalanar diez calesas con crespones negros, fronda de algarrobo y ramaje de espliego, desconocidos en aquellos parajes. El primer vehículo iba repleto de coronas y flores, el segundo llevaba a la vista el féretro, detrás caminaba con la cabeza gacha y la cola alta Pelet, el perro del difunto, seguido del coche de Cabrera, vacío con las persianas echadas. El cuarto carruaje lo ocupaban la viuda y Ada, seguidas de otro con los tres hermanos varones, y de otro con María Teresa y su marido, un inglés de origen italiano. El resto de diligencias llevaban a personas de bajos cargos oficiales, familiares de la viuda, algún que otro español y amigos invitados al funeral.



Víctor González de La Llana, secretario del fallecido, ocupaba la última galera pensando en que al acabar todo aquello regresaría a Oviedo acogándose a alguna de las amnistías que había dejado pasar desde la Revolución Gloriosa de 1868. La Llana, tal como aludían a él —directamente a su cara le llamaban Víctor—, tenía ya acordados los términos de su jubilación con la esposa de Cabrera. Ella era generosa; él residía en la casita llamada *Cantavieja Cottage*, en el latifundio de Wentworth, en cuyo centro se levanta el edificio principal con el mismo nombre.

Al final, al secretario carlista lo único que le sirvió para regresar a España con cierta libertad de movimientos fue haber jurado fidelidad al rey Alfonso XII en la escisión *cabrerista* del Partido Carlista en 1875, dos años antes de aquel entierro. Las amnistías de *la Gloriosa* llevaban fechas de caducidad. Detrás de los diez carruajes caminaban los empleados de la hacienda y un grupo de habitantes de Virginia Water, el pueblo formado por una aislada iglesia, la estafeta de correos, varios establecimientos, una estación de tren y casas esparcidas entre praderas, lagos, frondosos bosques, caminos, valles, campos labrados, arboledas, riachuelos y alamedas. La viuda proveyó de trajes de luto a los trabajadores de las tierras de ella. Cuando fueron a devolver la ropa, les dijeron que se la podían quedar. A las mujeres de Virginia Water y a las convocadas al entierro se les prohibió tapar la cara y llevar velos que colgasen por debajo de los hombros. Los empleados de Wentworth estaban acostumbrados a aquel rígido régimen de comportamiento público impuesto a través de los años por la *landlady*.

Junto al ataúd que contenía el cuerpo del difunto, una única corona de flores con la frase De tu querida esposa. No había bandera, medalla o símbolo alguno sobre el sarcófago del héroe militar. Ada pensó que la ausencia de emblemas respondía a una orden de su madre. Su padre se había pasado la vida —al menos los catorce años que ella

había compartido con él— hablando de España, del Ebro, de Tortosa, recibiendo a españoles, viajando por Europa por asuntos que tenían que ver con las guerras civiles de España, que él decía llevaba marcadas en su cuerpo.

La última guerra, la de 1872 a 1876, la llevaba marcada en el alma porque no tenía ninguna herida física. La cojera procedía de la segunda guerra, la de 1846, cuando le clavaron una bala en el 49 en la pierna en la batalla de Pastoral, junto al río Ter, en Gerona; la sordera la arrastraba desde la primera guerra, la de 1833, de la batalla de Burjasot, cerca de Valencia, donde le destrozaron en el 37 el tímpano de la oreja derecha con una explosión. Ada escuchaba repetidamente estas fechas y estos lugares, para ella ajenos y lejanos, le parecían gloriosas gestas de héroes y caballeros batiéndose por algún pundonor. Su padre lo peyoraba siempre con solemnidad e interés, acababa la mayoría de las veces diciéndole: lo que te explico es verdad, lo he vivido yo, no es un cuento inventado. Insistía en distinguir las fábulas ficticias para entretener a los niños de lo que él había vivido. Quería que Ada aprendiese y entendiese lo que él estaba convencido que era la verdadera Historia de España.

## 2

Cuando Ada nació en el verano de 1862 su padre tenía cincuenta y cinco años de edad y se sentía un verdadero protagonista de la política y de los destinos de España a pesar de llevar una docena de años de exilio en Inglaterra. Ada siempre lo vio y percibió con cuerpo viejo y pachucho, ojos brillantes, la cara de él tomaba expresión de alegría cuando ella prestaba atención a las explicaciones que él le daba, en ocasiones, puros monólogos en un castellano imperfecto que Ada entendía y que le era familiar porque entre ellos la comunicación lingüística siempre había sido así, con errores gramaticales y pobreza de vocabulario, pero con mucha fluidez semántica. Ellos se comprendían bien y hasta La Llana metía baza en las conversaciones entre padre e hija.

En los viajes que alejaban a sus padres de Wentworth, Ada husmeaba en el despacho de él, miraba con curiosidad papeles y documentos e intentaba leerlos. Sólo Pelet era testigo de aquel espionaje. La redacción era tan ceremoniosa que a la segunda línea de lectura ya se aburría y los dejaba tal como los había encontrado, para que no se notara la intrusión. Algunas cartas llevaban escudos con relieve, firmas con tinta de plumilla y alguna mancha de gota de tinta discordante. En ocasiones Ada engañaba a su institutriz, la señorita Broughton, le decía que se iba a jugar a casa de los O'Connor, los porteros, y se metía en el despacho de su padre si Víctor La Llana no andaba por allí.

La familia O'Connor ocupaba la casita llamada *Tortosa Cottage* a la entrada de la finca, a unos 250 metros de distancia de la residencia principal. Louise O'Connor era la mejor amiga de Ada. Junto a la casita que hacía de portería se erigía una verja que los O'Connor abrían o cerraban al paso de los vehículos. Debían estar siempre alerta al ruido del trote de caballos que se acercaba. Ese era uno de sus trabajos: tener siempre las orejas abiertas. Las berlinas de los Cabrera llevaban una campana en el exterior para anunciar su llegada en el caso de que los porteros no se hubiesen enterado o para anunciar su presencia por los caminos.

La mansión habitada por la familia Cabrera era grande y espaciosa. Si el padre estaba sentado en la sala de estar, Ada se le acercaba y le daba un beso en la frente. Él le hacía bromas y juegos; adivinanzas, trabalenguas, acertijos y preguntas serias sobre la Geografía y la Historia de España. Si estaban solos, Cabrera le contaba cosas de su pasado, de las guerras españolas y del fluir del río Ebro que, según él, tenía un serpenteo distinto al de los demás ríos del resto del mundo. En días secos, sobre todo de primavera y otoño, Cabrera y Ada cabalgaban a caballo o paseaban hasta el Támesis, que pasa a cinco kilómetros de distancia de Wentworth. Cuando padre e hija contemplaban el río desde una pradera llana nunca sabían si el agua fluía hacia la derecha o hacia la izquierda. Aunque el manar del Támesis y del Ebro era diferente, Cabrera percibía que los dos ríos tenían algo en común. Wentworth, la principal hacienda de Virginia Water, había pertenecido tiempos ha a un tal Thomas Wentworth. Los ingleses tenéis mucho miramiento con vuestra historia, matizaba Cabrera, y le contaba a Ada que en España las casas no tienen nombre. Por eso, él le agradecía enormemente a su esposa que pusiese apelativos como Tortosa, Ebro, Ter, Cantavieja o Morella a las viviendas que construía en la finca para los empleados que se incorporaban a trabajar las tierras.

Padre e hija encajaban las interrupciones de la madre con naturalidad. Marianne Catherine Richards, a quien pocos llamaba Marián —la mayoría se dirigían a ella con un «señora» o «condesa»—, tenía contratada una educadora, la señorita Broughton, para Ada. Maestra y alumna ocupaban varias habitaciones en la planta baja de la residencia, comían en un pequeño comedor junto a una salita donde Ada aprendía Geografía, Aritmética, lectura y escritura. Sus habitaciones daban, por una parte, a un patio ajardinado interior y, por el otro extremo, a la parte delantera de la casa, veían siempre quién llegaba. Las paredes del patio interior estaban cubiertas de una tupida urdimbre de rosales protegidos por los muros del edificio. Allí campaban también matojos de espliego. Las rosas florecían, según Ada, hasta octubre o noviembre, y, según su padre, hasta el Pilar o Todos los Santos.

El episodio que más le gustaba a Ada de las hazañas de su padre era la casi toma de Madrid en 1837, cómo se aupó Cabrera encima del caballo a la tapia del Retiro para ver la ciudad e imaginarse que entraba al frente de sus tropas. Tomando Madrid coronaba su conquista de España. Por culpa del obispo de León no tomamos la capital, ¡cómo me enfurecí cuando ordenaron la retirada!, apostillaba Cabrera siempre que explicaba la gesta. El obispo de León había convencido al pretendiente Carlos V de que las tropas de la niña Isabel II estaban escondidas esperando el ataque. No lo estaban. Madrid estaba desierto. Ésa fue la casi toma de Madrid en la vorágine de aquella guerra civil. Cabrera y el ingeniero alemán Wilhelm von Rahden, que había viajado a España para adherirse a los carlistas, habían planificado al mínimo detalle la toma de Madrid. Von Rahden era un excelente topógrafo, dibujada mapas minuciosos de las acciones militares que planeaban emprender y de los lugares conquistados y por conquistar. El alemán le enseñó a Cabrera los pormenores de la cartografía, lo cual le fascinó. Prefiero la topografía al latín que aprendí en el seminario

de Tortosa, pero qué le vamos a hacer, le corroboraba a Ada lamentando no haber descubierto antes el reto de representar con lápiz y papel espacios, acciones y movimientos.

Ada sabía que las heroicidades que le contaba su padre incluían grandes tragedias porque a menudo acababa los relatos con la misma frase: los españoles, como individuos —a excepción del obispo Víctor Sáez y Agustín Nogueras que son malos, malísimos—, somos buenos; como país, somos un monstruo que se devora a sí mismo. Cuando Cabrera decía cosas como «Pobre Manuel Carnicer, no mereció la muerte que tuvo», Ada entendía que se trataba de un asesinato espeluznante, pero ni el padre era más detallado ni la hija pedía detalles más explícitos porque sabía que no se los iba a dar o le diría que cuando ella se hiciese mayor lo entendería. Nunca le contaba acaecimientos sórdidos ni minimizaba la violencia a no ser que se tratase del milagro de algún santo como el de San Vicente Ferrer y la resurrección de un niño descuartizado por su madre para el puchero.

—¿Por qué vamos solas en este carruaje? —preguntó Ada a su madre mientras avanzaba despacio el cortejo fúnebre hacia la iglesia Christ Church de Virginia Water.

—Porque somos siete y necesitamos tres vehículos, un coche para cuatro es demasiado pequeño. María Teresa tiene marido, ella ya tiene otra familia.

—¿No me tocaría ir a mí con alguno de mis hermanos, con Carlos y Fernando, y a ti con Ramón, que es el mayor y además se llama como padre? —interpeló Ada pazguata a su madre detrás de los visillos de las ventanas de la diligencia.

—Tú, para mí, eres especial y distinta de los otros cuatro —aclaró Marián evitando mirar por la ventana del carruaje para que no le vieran la cara las personas que se acercaban

a presenciar la procesión fúnebre antes de incorporarse a la cola del acompañamiento.

¿Qué va a ser de mí?, ahora, balbuceaba Ada entre dientes mientras la comitiva llegaba a la pequeña iglesia que aquel día resultó diminuta para dar cabida a los reunidos. Marián vestía enlutada de pies a cabeza, con un velo enganchado a una aguja de oro enlazada al cabello. La gasa le tapaba la cara y le caía hasta la cintura por delante y por detrás de su pequeño cuerpo. Era menuda, vestida de negro todavía lo parecía más. La mantilla sobre la cabeza de María Teresa y de Ada les cubría la cara y les caía sobre los hombros, detalles que también había ordenado la madre. El tul negro de Marián, hasta la cintura, era más largo como señal de dolor más profundo que el velo de sus hijas hasta los hombros, indicador de ligereza comparado con el de la madre. La viuda había elegido al difunto como marido; las huérfanas no lo habían escogido como padre porque nadie escoge a su padre. Todos habían creado vínculos afectivos y sanguíneos; formaban una familia.

Los tres hermanos varones vestían traje de levita negro, camisa blanca y sombrero de copa, y hacían cara de lastimeros. A su llegada a Wentworth para el funeral, procedentes, Fernando y Carlos, de la academia militar de Alemania; María Teresa, del condado de Gloucestershire; y Ramón, de Londres, la madre les avisó de que no quería ningún sentimentalismo ni comentario inoportuno en público. Aquel día darían una imagen de familia entera, sin fisuras. Ni una lágrima sería derramada en público ni quería ver a nadie haciendo pucheros. Podían llorar, si querían, a mares, pero en privado. Marián, para ese día, exigía los rostros secos, las caras despejadas y las cabezas altas. Si se escapaba una gota ojerosa, sería una muestra de debilidad, así que a ver quién iba a ser el más gallina de la familia. Ninguno lo fue.